

sus efectos cuajaron enseguida en el magnífico esplendor del Imperio que alcanzó el mayor poderío y extensión hasta entonces conocido.

Hay que remarcar este hecho. Ni el Imperio Español, ni ningún otro Imperio de los que en el mundo han existido, han podido formarse, si no han sido gestados por una verdadera Revolución llevada a cabo por la nación que llega a imperar.

Bastan tres ejemplos: El Imperio Romano fué precedido de un siglo de revoluciones políticas y sociales. El Napoleónico tuvo como antecesor la Revolución Francesa. Y el Imperio Inglés, cuyo derrumbamiento estamos presenciando en nuestros días, tiene sus raíces y su origen en la revolución inglesa, menos espectacular, pero más eficaz que la francesa. Por lo mismo, este último Imperio ha tenido mayor solidez y duración que el Napoleónico.

El largo período de decadencia que siguió para España tras la ruina de su Imperio, ha sido de marasmo, de inactividad. Y lo que era peor, del deseo y aspiración de mantenerse en ese sopor como aspiración ideal. Es vergonzoso decirlo, pero es así. La finalidad de la política española era la de no ser nada, no hacer nada. Naturalmente, eran las demás naciones, las fuertes, las poderosas, las que hacían. Y entretenían las energías de nuestra raza, que estaban dormidas y no muertas, con aquellos barullos del siglo XIX que se rotulaban como revoluciones y que no eran más que pantomimas extranjeras, que por desplazadas y ajenas, jamás interesaron realmente el espíritu racial español. Pues si algo nacional apuntó en ellas — el tradicionalismo — cuidaron con celo de extirparlo y malear sus brotes.

Y así, agravando cada vez más las cosas; retorciendo el vigor de los escasos resortes capaces de mantener la autoridad, se abrió ancho cauce a la anarquía latente con descaradas influencias extranjeras, y con amenaza de total ruina para nuestra Nación.

El Glorioso Movimiento terminó con todo ello. El martirio de los años de guerra, y el

sacrificio de nuestros Caídos y los aciertos del Caudillo salvaron a España.

Y nos han puesto a todos en trance de salvarnos con ella.

Pero el Movimiento, al identificarse con la Falange creada por José Antonio, al aceptar y establecer sus doctrinas, es una Revolución. Es la real, auténtica y eficaz Revolución.

España al recobrase a sí misma, al robustecer su espíritu nacional, en su misma fé nacionalista tiende necesariamente — según la eterna consigna, por el Imperio hacia Dios.

Y en tanto llegará a ese Imperio que siente, apetece y merece, en cuanto haga primero su Revolución Nacional-sindicalista. Sin Revolución no tendrá Imperio.

El Imperio, es decir el poderío, la riqueza, el esplendor, todos lo deseamos y lo queremos.

Hemos de tener muy presente, siempre y a todas horas, que el único camino para llegar a él es la Revolución.

Que está iniciada, pero no terminada.

Ni siquiera puesta en marcha.

El logro de ella ha de ser la máxima aspiración de los españoles. Hay que dar una nueva estructura social y política a la Nación española, que permita el desarrollo de sus energías, el florecimiento de sus cualidades. Que extirpe de un modo rápido y tajante todo lo perjudicial, dañino y extraño que durante tantos años se ha infiltrado en su ser. Que conduzca a la Justicia, al trabajo y al bienestar económico de los humildes y menesterosos. Que ostente con orgullo el sentimiento de la Patria y que fiel a su catolicismo ponga a Dios sobre todas las cosas.

Hay que ir resueltamente a esa Revolución, con todo el entusiasmo, pasando por encima de cualquier resistencia, sea la que sea, y cueste lo que cueste.

España precisa de ello. Y ante esta consideración nada ni nadie puede oponerse.

Porque solamente mediante esta Revolución podrá emprenderse nuestra marcha ascensional hacia el Imperio.

J. M.º MONTAGUD

Secretario local de F. E. T. y de las J. O. N. - S.

---

Cuando se emprende la conquista de las Indias, con nuestras sabias leyes y con nuestros adelantados, va la política universalista de España con sus banderas y su Cruz, y un sentido católico evangelizador preside la política de aquellos tiempos. Y hasta en los últimos momentos, cuando aquella santa Reina pone su firma en el testamento, suscribe un testamento político para su pueblo: el mandato de Gibraltar, la misión africana, unidad política, expresión política, mandatos políticos que, pasados cuatro siglos, aún perduran en eterna lección.

(Palabras de Franco en el «Día de Africa» de 1940)